

SANTIAGO LÓPEZ PETIT

EL DISCRETO ENCANTO  
DE LA POLÍTICA

Icaria ✂ editorial

# ÍNDICE

## El discreto encanto de la política, *Santiago López Petit* VII

- Un poco de historia VIII
- Desconstruyendo el dirigismo político X
- Una Oposición responsable XIII
- Fin de la centralidad obrera XV
- Una larga travesía... XVII
- «Estábamos muertos y podíamos respirar», Paul Celan XVIII
- La fuerza del anonimato XX
- Catalanes, un esfuerzo más/Catalans, un esforç més XXI
- La burocratización que acecha XXIII
- El 15M en tanto que *impasse* XXIV
- El retorno de la política XXVI
- El mal menor XXIX

## Materiales acerca de la nueva política XXXIII

- La nueva política y sus límites XXXIII
- La nueva política entra en la pecera XXXV
- En la sala de espera o sobre la rabiosa actualidad XXXVIII

## CRÍTICA DE LA IZQUIERDA AUTORITARIA EN CATALUÑA

*Antonio Sala y Eduardo Durán*

### 1. El partido 1

### 2. El militante 123

## A modo de conclusión: Dirigismo o autonomía 191

- Anexo 1. La «verdadera» conciencia de clase 215
- Anexo 2. La lucha de clases y el Partido [PCI] 221
- Anexo 3. Comunicado de la Secretaría política de la OCE (BR) 251

**José Antonio Díaz Valcárcel** (Barcelona 1932-1985) fue militante obrero. Tras su vinculación al FOC y CC OO critica la organización autoritaria de los partidos y de los sindicatos «correa de transmisión» (*Entre el fraude y la esperanza*, Ruedo Ibérico 1972 y otros). Tras un breve paso por la CNT se decide por el sindicalismo autónomo defendiendo la horizontalidad de las relaciones en todos los ámbitos.

**Santiago López Petit** (Barcelona, 1950). Militante del movimiento obrero autónomo durante el franquismo. Trabajó como químico y, posteriormente, estudió filosofía. Entre el año 1989 y 2013 fue profesor de filosofía en la Universidad de Barcelona. Es autor de *Entre el ser y el poder* (1994), *El infinito y la nada* (2003) y *La movilización global* (2009), entre otros. En sus libros, cursos e intervenciones ha intentado pensar políticamente la vida en todas sus consecuencias.

# EL DISCRETO ENCANTO DE LA POLÍTICA

Santiago López Petit

*A José Antonio Díaz  
In memoriam*

*Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña, 1967-1974*, fue uno de los libros más silenciados de la época franquista. Publicado en Francia y firmado con seudónimos, estuvo obviamente perseguido por la dictadura como sucedía con todas las publicaciones de Ruedo Ibérico, pero además fue odiado por la izquierda autoritaria que hizo todo lo posible para ocultarlo. A pesar de ello el libro no dejó nunca de actuar, y contribuyó a desmitificar la idea de partido político revolucionario. Primero circuló clandestinamente, después en ediciones piratas y, finalmente, fue colgado en internet. ¿Por qué reeditarlo precisamente ahora?

La respuesta inmediata es simple: por su actualidad. Precisando enseguida que esta actualidad tiene una doble cara. Por un lado, estamos asistiendo al final del régimen que alumbró la transición postfranquista. Abdicación del Rey, hundimiento del sistema de partidos, crisis de la propia idea de Estado español, lo que parece poner de nuevo en un primer plano la vieja alternativa reforma/ruptura que con la muerte del dictador se planteó. Por otro lado, porque las nuevas plataformas electorales (Podemos, Guanyem...) suponen un retorno de la autonomía de lo político que recuerda inevitablemente los inicios de la Transición, y que nos obliga a preguntarnos sobre la cuestión organizativa. Estas respuestas son ciertas aunque insuficientes. Digámoslo claramente. La mayor parte de los escritos de esta época, si hoy intentamos leerlos, se nos caen de las manos. ¿Por qué este libro, a pesar de todo, continúa interpeándonos? Antes que nada, porque la propuesta de autoorganización defendida conecta perfectamente con la crítica de la representación política puesta en

marcha con el movimiento del 15M. Pero también por algo más, que no está dicho explícitamente, y que siempre nos será difícil de admitir. La actualidad de este libro radica en que pone ante nuestros ojos *lo inactual*. En otras palabras, el interés que este texto puede tener no está en las posibles soluciones que aporta sino en los problemas que suscita. Lo inactual son aquellos problemas, que si bien se plasman históricamente, parecen apuntar más allá de la historia: ¿para luchar se requieren siempre líderes?, ¿cuánto autoengaño necesitamos?, ¿por qué nos gusta tanto el poder? y así podríamos seguir. Es como si al plantear radicalmente la cuestión organizativa tuviéramos que cargar con unos invariantes históricos de los que es difícil desprenderse. Pues bien, me atrevería a decir que la actualidad de *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña 1967-1974* reside en lo no dicho pero sí mostrado, en lo inactual que insiste en tanto que problema. Reconocer esta insistencia ensombrece ciertamente la mirada ingenua. Porque no basta con oponer «nueva» política a «vieja» política, o proponer «códigos éticos» que ya empiezan, paradójicamente, por socavar la misma idea de confianza. Estos cortes nuevo/viejo, ética/política etc. son demasiado tranquilizadores.

## Un poco de historia

Este libro es la historia de un encuentro y de una posterior amistad. José Antonio Díaz vino a dar una charla invitado por unos estudiantes de química con motivo del Primero de Mayo del año 1970, y así fue cómo nos conocimos. Recuerdo que con un lenguaje directo y veraz, radicalmente anticapitalista, defendía la organización autónoma de clase. Sus palabras se separaban completamente del discurso político habitual que circulaba en la universidad. Nos volvimos a ver al cabo de un tiempo. Poco a poco, mi colaboración fue en aumento. Iba al archivo clandestino, participaba en reuniones, y junto con otros compañeros montamos una imprenta para editar textos marxistas heterodoxos y la revista *Lucha y teoría*. Con este libro, en particular, queríamos proseguir la crítica a la idea de «partido dirigente» que José Antonio había iniciado en su novela *Entre el fraude y la esperanza. Las Comisiones obreras de Barcelona* (Ruedo Ibérico, París, 1972) bajo el seudónimo de Julio Sanz Oller. Él aportaba su experiencia de militancia en diversas organizaciones políticas (FOC, Plataformas de

Comisiones Obreras, Círculos de Formación de Cuadros, Grupos Obreros Autónomos), y yo por mi parte la experiencia de participar en el movimiento estudiantil (comités de curso, coordinadora, etc.). En definitiva, nuestro objetivo era abordar la pregunta por la organización política, y teníamos muy claro que la respuesta se resumía en la conocida frase de Marx: «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos.» Desplegar esta idea de revolución en tanto que autoemancipación, o lo que es igual, defender que «el educador tiene que ser, a su vez, educado»<sup>1</sup> implicaba abordar múltiples cuestiones: la formación de la conciencia de clase, la relación entre la teoría y la práctica, el papel de la vanguardia. La originalidad de *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña 1967-1974* fue, seguramente, que esta propuesta organizativa vino precedida de la desconstrucción práctica del modelo hegemónico en aquella época: el partido marxista-leninista, es decir, la «forma partido» que Lenin teorizó en su libro *¿Qué hacer?*, y en el que defiende la necesidad de una dirección revolucionaria externa a la clase trabajadora.

Visto desde hoy puede resultar extraña la importancia del modelo de organización leninista común tanto a trotskistas como a maóístas y, en general, a todos los partidos que se autodenominaban comunistas. Y, sin embargo, esta hegemonía política que deseábamos combatir era fácil de explicar. El mito del partido dirigente, en tanto que organización eficaz, se basaba en un relato falseado de la Revolución Rusa de 1917, puesto que durante el franquismo muy pocos hubieran admitido que la URSS era una forma de capitalismo de Estado. La mitificación del partido revolucionario se sustentaba además sobre dos apoyos muy efectivos: el sentido común y la propia extracción de clase de sus dirigentes. Por un lado, el concepto de revolucionario profesional, el centralismo democrático, los frentes de lucha, y en última instancia, el secreto y la compartimentación, prometían una eficacia que la necesidad ineludible de clandestinidad parecía también justificar. Por otro lado, a los dirigentes del partido, que eran mayoritariamente intelectuales y no obreros, les venía muy bien una concepción organizativa jerárquica que les colocaba en la cúspide sin remordimiento alguno. Si a todo ello se añade la inexistencia de un movimiento libertario organizado a

---

1. Marx, K.: *L'idéologie allemande*, París, 1970, p. 138

causa de la represión posterior a la Guerra Civil, es comprensible que el leninismo no tuviera rival. La frase inicial del libro lo resume bien: «Pertenece a la generación leninista, aunque nuestra estirpe sea libertaria... Si hoy hemos renegado de nuestra generación, no ha sido escatimando las dificultades y los enfrentamientos.»

## Desconstruyendo el dirigismo político

Esta crítica práctica del leninismo quería mostrar el funcionamiento *real* de los partidos políticos que se decían comunistas, el valor *real* de la teoría revolucionaria y, en último término, la relación *real* que mantenían con la clase trabajadora a la cual pretendían dirigir. En el fondo, no hacíamos más que aplicar el enfoque de Marx en uno de sus aspectos más innovadores. La verdad objetiva no es un problema teórico sino práctico, y de ahí su consejo: «No hay que partir de lo que los hombres dicen, se representan, o imaginan... hay que partir de los hombres en su actividad real, de su proceso de vida real.»<sup>2</sup> Desde esta perspectiva materialista analizamos tanto los mecanismos organizativos como los propios textos publicados.<sup>3</sup> El resultado fue demoledor.

De nuestra aproximación se desprenderían dos dimensiones complementarias. Una primera dimensión *vertical* mostraba cómo la lucha de clases, reproducida en el interior de la organización, generaba la división entre pensantes y ejecutantes y, más en general, entre dirigentes y dirigidos. Los dirigentes empleaban el sectarismo para cohesionar al grupo, el activismo como modo de distracción cuando surgían debates demasiado peligrosos, al líder obrero para visibilizar la organización, la clandestinidad para dominar impunemente sin tener que dar cuentas a nadie. Constatar esta lucha de clases internalizada que se plasmaba en la jerarquía «secretario general-comité central-partido-clase trabajadora» no implicaba salvar a los militantes en tanto que figuras heroicas, aunque por supuesto tampoco condenarlos como sublimación maso-

---

2. Marx, K.: *L'idéologie allemande*, París, 1970, p. 36

3. Escogimos las tres organizaciones más importantes del momento que eran representativas del marxismo-leninismo en su versión estalinista (PCI), del trostkismo (LCR) y del marxismo-leninismo reformista (BR). No abordamos el análisis del PSUC porque hubiera requerido una aproximación más específica.

quista de la disciplina y del sacrificio. Afortunadamente la militancia política y el pensamiento crítico siempre excederán la esfera militante que toda burocracia necesita. La dimensión *horizontal*, por su parte, se hacía patente cuando abandonando el marco de la organización se comprobaba que, a menudo, el auténtico enemigo no era el capital, sino la competencia que suponían los demás partidos. Aunque pueda parecer sorprendente, durante los últimos años de la dictadura franquista existía un verdadero «mercado» clandestino de opciones políticas en el que cada una de ellas «vendía» su propia especificidad. El manifiesto Dada de 1918 lo dice estupendamente:

Imponer el propio A.B.C. es algo natural, y, por ello, deplorable. Pero todos lo hacen bajo la forma de cristal-bluff-madonna o de sistema monetario, de producto farmacéutico o de piernas desnudas invitantes a la primavera ardiente y estéril.<sup>4</sup>

Activismo, teoría, reconocimiento, y sentido... cada organización política sabía qué privilegiar para imponerse a las demás.

Esta crítica despiadada no escupía sobre la figura del militante como tal, pero sí quería atacar al militante acrítico, al militante robot que se limitaba a defender una línea política que le venía hecha desde arriba. En nuestra opinión, la mejor manera de llevar a cabo esta crítica consistía en analizar qué le movía verdaderamente a entrar en un determinado partido político, o en preguntarse por qué bajo un comportamiento abnegado, y a veces heroico, existía sencillamente la búsqueda de sí mismo. El militante, como decíamos anteriormente, no es la pieza simple que ayuda a trabar el engranaje burocrático. Siempre a punto de socavarlo o de sostenerlo, es la *complicación* necesaria que toda organización política comporta. Complicación porque conlleva imprevisibilidad, porque las cuestiones personales inciden en los debates políticos, incluso en las escisiones... aunque no aparecen nunca a plena luz. Afirmar que «todo lo personal es político» es solamente la cara más positiva. El partido político se clausura en sí mismo. En cambio, el militante porque está en relación —o más exactamente,

---

4. Tzara, T.: *Manifiesto Dada de 1918* publicado en De Micheli, M.: *Las vanguardias artísticas del siglo XX*, Madrid, 1994, p. 292.



puede estarlo— con el movimiento real que niega las cosas, es cierre aunque también apertura.<sup>5</sup>

Indudablemente esta crítica de la burocracia y del dirigismo era deudora de los grupos franceses *Socialismo o Barbarie* y de la *Internacional Situacionista*. A partir de ellos, y de otros marxistas heterodoxos (G. Lukács, K. Korsch, R. Luxemburg...), construimos lo que llamábamos un «marxismo del factor subjetivo» que apuntaba sobre todo a devolver el protagonismo a la clase trabajadora. Esa era la finalidad principal del libro. Sin embargo, en el texto y de una manera indirecta, se anunciaba ya tanto la crisis de la forma partido como el pacto social que posibilitaría la transición postfranquista. Al publicarlo nuevamente, resulta tentador confeccionar un anexo con una lista de miembros conocidos de estos partidos políticos revolucionarios, y de su evolución posterior. Por ejemplo: del trotskismo a CiU y sospechoso de mantener contactos con la mafia rusa; de la izquierda comunista al PSC y apartado enseguida por corrupto; de Bandera Roja a conseller de Cultura del gobierno de CiU pasando por el PSC... Y así podríamos seguir. Sé que esta lista no dice nada y, sin embargo, da que pensar especialmente si ponemos de fondo la transición postfranquista. Hablar de traición es demasiado simple, porque desde la psicología no puede explicarse lo que fue una derrota política. Además esta explicación tiene el inconveniente de otorgar a estos personajes una relevancia histórica que no tienen. Tampoco se trata de defender una coherencia irreductible que únicamente el poder puede tener. Pero entre la coherencia absoluta y la incoherencia total existe un margen de movimiento para una vida que quiere resguardar su dignidad. Recuerdo una reunión con un dirigente de Bandera Roja, poco después de la caída de la dictadura

---

5. Creo que a la figura del militante se le puede aplicar una reflexión más general. «*Cada vida*, a través de sus constelaciones de constelaciones, se extiende hasta confines ignotos. ¿Qué sabes tú de mi vida? Toda vida se escapa a quien la contempla *desde fuera* incapaz de recorrer una geografía interminable con tantas relaciones como surcos tiene una mano. Pero a la vez. ¿Qué sé yo de mi vida? Toda vida se escapa a quien la contempla *desde dentro* porque nunca sabré qué puede el querer vivir, cómo aprehender más allá de la herida de la herida la ambivalencia que me rodea. Las vidas son inconmensurables. Ante ellas no cabe, sin embargo, defender un silencio general de aprobación en el supuesto de que, dada la imposibilidad de acceder a ellas, necesariamente «todo vale».» S. López Petit: *El infinito y la nada*. Barcelona, 2003, p. 163

portuguesa, en la que este personaje quería convencernos de que había llegado la hora de entrar en el PSUC. Le pregunté sorprendido: «Pero ¿si Bandera Roja a diferencia del PSUC defiende la república, y esta es justamente su principal característica?». No olvidé nunca su respuesta: «Era un *faux problème* (un problema falso)». Y se quedó tan ancho. Ni un asomo de autocritica. Los acontecimientos que estaban teniendo lugar en el país vecino mostraban que un pequeño grupúsculo comunista no tenía futuro alguno y había que prepararse. Tiempo después este mismo personaje sería el encargado por el ayuntamiento socialista de vender la marca Barcelona en América latina. La vida sigue... y hay que reciclarse.

### Una Oposición responsable

Actualmente la transición política española está en sus horas más bajas. De ejemplo a imitar se ha convertido en la causa de todos los males que hoy nos asolan. Es divertido ver cómo en el coro que la sigue defendiendo ya solo quedan los hijos del franquismo, y Felipe González con algunos de sus amigos. Y, sin embargo, resulta sospechosa tanta unanimidad. Muchas voces que permanecieron calladas durante años e incluso se aprovecharon del modo en que se produjo son ahora sus críticos más acérrimos. La hipocresía no tiene límites. Es preferible la sinceridad de Jordi Solé Tura, uno de los padres de la Constitución (¿es así como se les llama a los inventores de la cosa?), que en una conferencia y poco antes de enfermar, ante las recriminaciones de varios miembros del público respondió: «Solo podíamos pactar. La correlación de fuerzas no permitía otra salida.» Seguramente era cierto. Pero lo más impresionante no era tanto la respuesta por sabida y esperada, sino la imagen de hundimiento y derrota con la que fue dicha. El ex-Bandera Roja parecía cargar con una responsabilidad histórica inmensa que nosotros no éramos ni capaces de entender. Eso sí que era verdad. Hubo un sector del Movimiento Obrero tan «irresponsable» que nos negamos a aceptar que unos señores sentados en una mesa nos impusieran su realidad negociada. ¿Qué libertades políticas podían ser aquellas que aniquilaban una democracia directa que empezaba a extenderse?

En el año 1976 tuvo lugar en una iglesia de Vitoria una asamblea de 5.000 trabajadores delegados de múltiples empresas para aprobar su plataforma reivindicativa. Inesperadamente, aunque siguiendo

una clara estrategia, la policía intervino tirando gases lacrimógenos dentro del templo, y disparando contra los trabajadores que salían. La policía mató a cinco trabajadores y más de cien fueron heridos. En aquel momento clave de la Transición, Solé Tura y los demás jefes de la Oposición decidieron mirar hacia otro lado. Así es cómo en la práctica reconocieron que Fraga tenía razón cuando afirmaba que en Vitoria estaba surgiendo un Soviet que debía ser aniquilado. Las miles de luchas autónomas que apuntaban más allá de la democracia durante estos años y en los sectores más diversos tenían que ser cortadas de raíz. Si la Oposición democrática no era capaz de detener la marea subversiva<sup>6</sup> ¿por qué el poder debería pactar con ella? La huelga de Roca,<sup>7</sup> que cierra el ciclo de luchas, resume en ella todo lo que estaba en juego. Antes de las primeras elecciones, en el Baix Llobregat, que era el feudo de CCOO y donde ya había ensayado el pacto social, los trabajadores de una de las fábricas más grandes del país se empeñaban en que su asamblea era soberana para escoger a sus delegados y seguir con sus reivindicaciones. Evidentemente no podía ser. La Oposición, más responsable que nunca, en este caso ya no miró hacia otro lado, sino que se involucró directamente aislando la huelga, denunciando a los trabajadores como violentos, y a los delegados de la asamblea como a una minoría de agitadores con extraños intereses. De la asamblea general, que a veces tenía lugar en la montaña, los primeros expulsados fueron los delegados que pertenecían a UGT. Según ellos había que aceptar los despidos porque no existían condiciones objetivas para continuar. Más tarde les tocó el turno a los delegados de CCOO que también afirmaban lo mismo. Y cuando ya no quedaban los burócratas profesionales, fueron los grupúsculos (maoístas, trotskistas) los que recogieron el testigo de la rendición y vuelta al trabajo... ¿a cambio de un puesto en el aparato de CCOO?

Viví la huelga de muy cerca, trabé amistad con algunos de los delegados, y para mí fue un auténtico laboratorio político. Constaté,

---

6. José María de Areilza, ministro de Asuntos Exteriores del primer gobierno de la monarquía, confirmaba en las páginas de su diario correspondientes a 1976 la fragilidad del momento político: «O acabamos en golpe de Estado de la derecha, o la marea revolucionaria acaba con todo».

7. Ver Espai en Blanc (ed.): *Luchas autónomas en los años setenta*. Madrid, 2008.

desgraciadamente, que nuestro libro se quedaba corto. Pero eso no era lo más importante. La enseñanza fundamental fue aprender que existe una generosidad creadora y libre, una espontaneidad autoorganizada de hombres y mujeres que no teme emplear la violencia de su propia fuerza para defenderse. Los delegados fieles a la asamblea pidieron a los trabajadores que volvieran al trabajo, pero estos se negaban a aceptar los despidos y no querían abandonar de ninguna manera a sus compañeros. Finalmente aceptaron entrar juntos, todos los turnos a la vez. Muchos tenían lágrimas en los ojos. La huelga de Roca cierra el ciclo de luchas autónomas. La Oposición responsable consiguió sacar la política de la fábrica y llevarla al Parlamento. La normalidad volvió a imperar. A muchos nos costó adaptarnos a esta normalidad pastosa hecha de oportunismo, renuncias y consumo. Lo peor de la transición postfranquista fue que una derrota se presentó como una victoria. Este fue el gran engaño.

## Fin de la centralidad obrera

La Oposición responsable hizo méritos para ser admitida. El reformismo obrero ayudó al reformismo del capital en su tarea de adecentar la dictadura y prometió fidelidad eterna a la realidad. En verdad lo que sucedió es que el poder obrero era «demasiado» elevado para ser integrado pero era demasiado poco para que pudiera constituirse realmente como un contrapoder generalizado. Capaz de bloquear los mecanismos que permitían un nuevo ciclo de acumulación fue el elemento coadyuvante que hizo posible el pacto. La transición postfranquista es, pues, el mejor ejemplo de lo que sucede cuando la lucha de clases funciona dentro del plan del capital. Poco a poco la «crisis de dominación política» se invirtió en una crisis permanente *contra* la clase trabajadora aunque gestionada desde un Estado de los partidos. La democracia había triunfado.

Ahora bien, esta historia que es la nuestra, tiene que inscribirse en una historia más general en la que, si bien las condiciones de partida son muy distintas, el resultado es el mismo: la desarticulación política, económica, y social de la clase trabajadora en tanto que sujeto político. Esta cita, aunque un poco larga, puede ser útil:

La revuelta de Berkeley o el Mayo francés, por citar dos de las manifestaciones más conocidas, iban mucho más allá del pacto

keynesiano y, de la eterna dialéctica... La posición de los sindicatos, dubitativa en algunos casos y beligerante en contra en los restantes, permitió que la simple represión policial y el amago de intervención militar fuera suficiente para volver a restablecer en toda su plenitud la «ley y el orden». Pero los inteligentes guardianes del sistema sabían qué era lo que había estado a punto de suceder y se preparaban para que nunca más fuera posible. La seguridad, la libertad y la democracia que habían hecho posible este desafío debían desaparecer... o transformarse en algo vacío de contenido.<sup>8</sup>

Efectivamente, las ansias de libertad y de autodeterminación de la propia vida, o empleando un lenguaje tecnocrático «la nueva complejidad intratable», «la ola excesiva de participación»,<sup>9</sup> presagiaban una crisis de gobernabilidad. La respuesta del capital fue poner en marcha una compleja estrategia encaminada a destruir el sujeto político que, por su homogeneidad y fuerza estructural socavaba el sistema,<sup>10</sup> y a reconstruir la «obligación al trabajo» actuando sobre las condiciones sociales, económicas y políticas.

Lo que se conocerá como neoliberalismo no es más que este proceso y su culminación en la globalización. Una globalización asentada sobre la internacionalización del capital, las nuevas tecnologías y la caída de los llamados países «socialistas», que abre un nuevo escenario en el que muchas ideas y certezas se vienen abajo. Ante el fin de la centralidad de la fábrica, es decir, ante la crisis de la identidad-trabajo, algunos intentarán detener la historia y reconstruir la primacía obrera desde un sindicalismo duro o desde una política de clase que pretende servirse del Estado; otros, simplemente, adaptarse y «gobernar el cambio» con un discurso socialdemócrata que pierde toda connotación de clase (obrero, claro); finalmente, habrá quienes apostarán por los nuevos movimientos sociales y la defensa de una reivindicación identitaria. El discurso postmoderno que empieza a sobrevolar la época anuncia, por su parte, la buena nueva que se escaparía a las anteriores posicio-

---

8. Anisi, D: *Trabajar con red. Un panfleto sobre la crisis*, Madrid, 1980, p. 162.

9. Ardigo, A.: *Crisi di governabilità e mondi vitali*, Bolonia, 1980.

10. La figura central será el llamado «obrero masa» o trabajador de la cadena de producción que es el auténtico protagonista del ciclo de lucha.

nes: la realidad se ha hecho evanescente, y el horizonte se ha limpiado de todos los referentes de lo real. No hay más que simulacros, signos de signos. El supermercado habría reemplazado a la fábrica. En la indiferenciación generalizada todo se intercambia, empezando por el poder y la resistencia. Pero la heroína llega en silencio a los barrios obreros, y mata.

### Una larga travesía...

No, la clase trabajadora no era una ilusión ontológica. Lo sé. Lo sabemos bien. A pesar de todo, el discurso postmoderno acierta cuando pone la realidad como problema, lo que ocurre es que prefiere ocultar que detrás de su desubstancialización está el capital. Es la lógica de mercado extendida a toda la vida y más allá de la misma esfera mercantil, la que vacía el mundo de mundo. El fin de la centralidad obrera tiene entonces una lectura mucho más dolorosa, puesto que esta pérdida de centralidad, prepara directamente el camino al desbocamiento del capital. Capitalismo y realidad se acercan, y se confunden. Entonces, cuando la verdad de un capital triunfante organiza el mundo, se hace obligado salir de la economía para entender lo que (nos) pasa, para entender el nuevo escenario en el que estamos. Hemos pasado de la explotación a la *movilización global*. La movilización global es la autorreproducción de esta realidad que coincide con el capitalismo, y como tal consiste en una auténtica movilización de las/nuestras vidas. Mediante nuestra participación activa —cada uno de nosotros constituye una unidad de movilización— edificamos una situación sin salida basada en la hipoteca de la propia vida y en una disponibilidad absoluta. Campo de guerra que subsume las dualidades dentro/fuera, externo/interno, paz/guerra, y que, sin embargo, se presenta como la «sociedad de las oportunidades». «Siempre toca» proclama el mercado de la vida. «La burbuja inmobiliaria es grande y hay sitio para cualquiera.» *Win to win* (ganar para ganar).

Pero también habrá perdedores. Todos los que no consigan hacer rentable su vida, serán excluidos del juego. El Estado-guerra, incubado lentamente, se infiltra en la realidad para perseguir al enemigo interior. Mientras, sobre la superficie helada se deslizan los patinadores agarrados a su capital humano. El desencanto y el cinismo se dan la mano. La vida privada, que está privada de vida, es ciertamente el

mejor refugio. Afuera, pero había dicho que no hay afuera, aguarda la intemperie. En la fiesta que denuncia los Juegos Olímpicos de 1992 como una operación especulativa y una maniobra de distracción en el proceso de construcción de la marca Barcelona somos menos de 500 personas. Algunos independentistas son detenidos y torturados. El Ayuntamiento socialista anuncia que «El triomf és de tots» (El triunfo es de todos). Es obvio, ¿no? Los grandes acontecimientos actúan como un dispositivo de poder generador de consenso. El mundo de la opinión es este simulacro de nosotros en el que cada uno tiene derecho a su propia opinión. Encadenados a ella, la boca habla palabras y más palabras. La realidad que prolifera se autoprotege vistiéndose de fragmentación y de complejidad. En última instancia, no hace más que aplicar metódicamente la vieja consigna «divide y vencerás», y ese es su modo de despolitizar. Pero el mismo desbocamiento del capital lleva a cabo una crítica radical inesperada que derriba las formas políticas de representación. Partidos políticos, sindicatos de clase, asociaciones de vecinos... se hunden en el barro de la progresiva desafección. Las burocracias dirigentes, grandes y pequeñas, encuentran cada vez más dificultades para conseguir que se mantenga la fe en ellas. La travesía del desierto de los años ochenta es terriblemente dura aunque el trabajo de disolución resulta implacable. El éxito momentáneo de nuestra *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña 1967-1974* tuvo un regusto amargo y mucha soledad.

### «Estábamos muertos y podíamos respirar», Paul Celan

La noche del 29 de octubre de 1996 una manifestación de varios miles de personas atacó la comisaría de policía de Vía Laietana como respuesta al desalojo del antiguo cine Princesa okupado desde hacía meses. La rabia digna irrumpió en la ciudad feliz y autosatisfecha. Al cabo de una semana una nueva manifestación «reconquistó» simbólicamente el cine. El nihilismo alegre y despreocupado, el imaginario construido por diseñadores y arquitectos que lentamente se había convertido en sentido común, fue sacudido por el gesto radical de la okupación. El «Todo» empezó a resquebrajarse. El president de la Generalitat tuvo que salir urgentemente a la palestra y —cual soberano que decide en la situación excepcional— marcar la distinción que separa a los que defienden el orden de quienes lo atacan. «Aquellos políticos que no

estén a la altura de la situación y duden, son estrategias de café.» Efectivamente, este acontecimiento señaló un antes y un después en la larga travesía que siguió a la derrota. La okupación significa, ciertamente, muchas cosas: reapropiación de la riqueza, resistencia al poder, creación de un mundo, pero sobre todo es un *gesto radical* ya que osa desocupar el orden sin tener en cuenta la correlación de fuerzas existente. Gesto radical implica que la reivindicación es secundaria, que incluso el discurso pasa a un segundo plano, porque lo decisivo es «poner el cuerpo». En otras palabras. Lo que cuenta verdaderamente es el propio gesto de desafío con toda su carga de ilegalidad: «Este espacio es un espacio liberado.»<sup>11</sup>

Así se recoge y amplía la fuerza subversiva del gesto dadaísta que Duchamp dirigía contra la institución arte. El gesto radical, entendido como una negación que desocupa, se reproducirá en ámbitos diferentes, y se puede afirmar que los movimientos sociales más interesantes que preparan el final de esta larga noche son aquellos que inventan, y a la vez plasman, un gesto capaz de interrumpir las relaciones de poder, de sentido o de explotación. A partir de esta tesis se puede elaborar una pequeña cronología que nos puede ser útil.<sup>12</sup> El movimiento *antiglobalización* propuso en Seattle durante el año 1999 un nuevo gesto de negación: «Esta cumbre de mandatarios no va a realizarse.» Esta acción se repitió hasta que en la cumbre de Génova del año 2001, el poder decide matar y reprimir ferozmente para acabar con el desafío. El movimiento de protesta que tuvo lugar contra la invasión de Irak durante el año 2003 supo en Barcelona vincular la okupación a la pregunta *¿Cuál es tu guerra?* De este manera la guerra dejó de ser una cuestión lejana, y cuyo tratamiento a menudo es moralizador, para

---

11. Para un tratamiento más pormenorizado. Cattaneo, Claudio y Tudela, Enrique: «¡El carrer es nostre! The autonomous movement in Barcelona, 1980-1992» en Van der Steen, Bart; Katzeff, Ask y Van Hoogenhuijze, Leendert, *The city is ours. Squatting and autonomous movements in Europe from the 1970s to the present*. PM Press, Oakland, 2014.

12. Leiva, E./ Miró, I./ Urbano, X.: *De la protesta al contrapoder*. Ed. Virus, Barcelona, 2007. «A partir de mitja dècada dels 90 floreixen petites experiències auto-organitzades, generalment vinculades al territori, que tenien com a vincle un espai-temps re-habitable gràcies a la pròpia lluita». Se trata de una aproximación útil y con un enfoque interesante que completa lo que aquí simplemente he resumido.



convertirse en una cuestión absolutamente cotidiana. Por lo demás, la respuesta a los «Espai alliberats contra la guerra» (Espacios liberados contra la guerra) fue tan brutal que el pacifismo del poder local quedó totalmente desenmascarado. Finalmente, la *toma de plazas* por parte del movimiento del 15 M en el año 2011 llevará el gesto radical a su máxima expresión colectiva, y también lo confrontará con propios sus límites.

## La fuerza del anonimato

El final de la travesía de los ochenta nos aboca a unas formas de politización muy diversas aunque cada vez más existenciales y anónimas. En la medida que arrancan de una vida sacudida por la propia vida, coexisten un apoliticismo radicalmente político con la propia crítica de la política. Estas formas de politización gestadas, ya sea silenciosamente ya sea de modo visible, se construyen sobre sujetos sociales que no caben en ninguna identidad, y que por eso mismo, rechazan las siglas partidistas. La tensión entre las nuevas formas de politización y los antiguos modelos organizativos (partidos, sindicatos) cede ante la primacía de las primeras. Se puede afirmar sin ninguna duda, que la sublevación zapatista del 1 de enero del año 1994 señala a nivel mundial la irrupción de la *fuerza del anonimato* como el nuevo sujeto político que, invirtiendo el modelo revolucionario tradicional, no quiere tomar el poder para cambiar la vida. La fuerza del anonimato es este nosotros abierto que expresa un querer vivir colectivo y, a la vez, máximamente individual. No remite a una ontología del exceso sino de la ambivalencia.<sup>13</sup> Baste recordar la conocida frase zapatista: «Si quieren saber qué rostro hay detrás del pasamontañas es muy sencillo: tomen un espejo y véanlo». Evidentemente internet juega un papel fundamental, y los zapatistas son los primeros en emplear magistralmente la red, sin embargo, nunca se debe perder de vista que las nuevas formas de politización son cuerpos —si se quiere cuerpos colectivos— que se levantan contra la realidad para defender una vida digna. La llamada «crisis» del 2008 acelerará el ataque a las condicio-

---

13. Ver la revista *Espai en Blanc*: «La fuerza del anonimato», Ed. Bellaterra, Barcelona, 2009. <http://www.espaienblanc.net/-Revista-de-Espai-en-Blanc-no-5-6-.html>.

nes de existencia. Pronto lo que eran resistencias autoorganizadas, si bien marginalizadas por parte del poder, adquirirán una centralidad política imprevista. La fuerza del anonimato toma la palabra cuando se okupan las plazas para gritar «¡Basta ya!». El espacio resulta ser una palanca excelente para interrumpir la movilización de la vida y poder interpelar a toda la población. Por unos momentos en Barcelona, como en tantas ciudades del mundo, tomar las plazas es tomar la palabra. La tríada «gesto radical-fuerza del anonimato-espacios del anonimato» sustituye a la tríada ciudadanía-espacio público-ciudad fundamento de la política llevada a cabo por el Estado de los partidos.

### **Catalanes, un esfuerzo más/Catalans, un esforç més**

De pronto una noche, alguien tomó la palabra en la asamblea de la Plaça Catalunya para poner a votación una propuesta en defensa del derecho de autodeterminación de los pueblos. La propuesta nos sorprendió a todos e intuimos que se abría un debate inesperado cargado de consecuencias. Digo, inesperado, porque en la plaza se simultaneaba el catalán y el castellano, y no había ningún tipo de banderas. Después de la intervención se produjo una larga discusión acerca de si votar o no, y cuándo hacerlo. Recuerdo que finalmente se votó, y creo que la propuesta ganó por unos docientos votos de diferencia. Quien la había realizado al bajar del pequeño estrado pasó casualmente cerca de mí, y se encontró con un compañero al que dijo: «No he propuesto la independencia de Cataluña, pero ya he colado el derecho de autodeterminación.» Más allá de la manera oportunista de hacerlo, era evidente que la cuestión nacional no estaba ausente, si bien estaba planteada en unos términos muy distintos. El 27 de junio del 2011, mientras la policía desalojaba brutalmente la Plaça Catalunya, en la Puerta del Sol no sólo se gritaba solidariamente, sino que apareció un cartel que decía: «Si Barcelona no tiene miedo, Madrid no té por.» Esta alianza que empezaba a forjarse *desde abajo* fue fácilmente boicoteada, seguramente porque llegó demasiado tarde. Unas palabras de alguien que estuvo luchando en la plaza de Tahrir de Egipto son muy reveladoras. «El otro motivo por el cual no hablamos es porque sería inútil. Los dos lados, ejército e islamistas, tienen el poder, las armas, la fuerza. Todo el mundo se alinea con un bando o con el otro, y no hay espacio para un debate serio. De pronto, los progresistas, los revolucionarios de Tahrir,

hemos abierto los ojos: no tenemos base social, somos mucho más débiles. Hemos malgastado dos años.»<sup>14</sup> Se trata de una frase extrañamente cercana simplemente sustituyendo el par ejército/islamistas por nacionalismo español/nacionalismo catalán. El movimiento del 15M empezaba a plantear nuevamente, y lo hacía de un modo radical, qué significa «estar juntos». Este intento que evitaba la trampa identitaria fue abruptamente interrumpido. Digo que fue boicoteado pero quisiera también asumir una parte de responsabilidad en todo ello. Al editar el libro *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña 1967-1974*, lo que más desconcierta probablemente a los lectores jóvenes es que Cataluña no aparece por ningún lado. Me hubiera gustado que José Antonio estuviera aquí para dar juntos una respuesta. Avanzo la mía. El Movimiento Obrero que yo conocí, a finales de los años sesenta, no se posicionaba frente a la cuestión nacional. Lo diré más claro, no nos interesaba porque nuestra lucha era anticapitalista e internacionalista. Veíamos la Asamblea de Cataluña como un pacto interclasista que bloqueaba la lucha de clases al imponer el antifranquismo y las libertades políticas como horizonte.

Sigo pensando exactamente lo mismo aunque he de reconocer que para mí, como para tantos otros compañeros, nuestra relación con Cataluña fue siempre extraña. Cuando estábamos en el extranjero, y nos preguntaban de dónde éramos, contestábamos de Barcelona para no reconocernos como españoles. En Madrid, nos sentíamos catalanes, y aquí, de ningún lugar. Además en mi caso, mi padre se tuvo que exiliar por republicano y catalanista, mi mejor amigo de infancia era hijo de Jordi Carbonell, que casualmente vivía en la misma escalera. Con todo esto quiero decir que por omisión permanecemos en el interior del nacionalismo español. La crítica a todos los nacionalismos debería haber apuntado más en concreto al que expropiaba mi propia lengua, aunque sin caer por ello en una afirmación identitaria en busca de un enemigo. Está claro, y no hace falta insistir mucho, que la transición postfranquista no resolvió nuestro modo de «estar juntos» en España. La España imperial parece eterna en su decadencia y prepotencia. Pero la defensa de un nuevo Estado por parte del nacionalismo catalán no me parece ninguna propuesta a la altura de la época en que estamos. El

---

14. *La Vanguardia*, 8 de octubre del 2013.

reto sigue abierto, y de ahí la llamada que desde *Espai en Blanc* hicimos: «Catalanes, españoles o quien sea... ¡Un esfuerzo más!». <sup>15</sup>

## La burocratización que acecha

La fuerza del anonimato no está constituida por ciudadanos ni por trabajadores... ni por nadie que soporte una identidad. Tampoco son alguien cualquiera puesto que solo bajo la mirada del poder «yo soy cualquiera», es decir, intercambiable. La fuerza del anonimato posee un secreto que se hace cuerpo en cada uno de nosotros, y este secreto es el de su fuerza. En los espacios del anonimato, que el ritmo del gesto radical dibuja, la crítica de la representación política se lleva hasta su máxima radicalización. Y, sin embargo, también asoman nuevas formas de burocratización. Las singularidades que constituyen las multiplicidades se hallan inmersas en el capitalismo, y en este sentido, son también individuos que aspiran a tener un Yo marca. Ahora el Yo marca se construye con el capital que implica ser un «centro de relaciones y de contactos», el conocimiento de idiomas, la posibilidad de poder viajar, o de saber moverse en Internet. No deja de ser paradójico que, cuando gracias a la red cualquiera puede convertirse en portavoz, cuando la figura del autor y del intelectual orgánico se borran, surjan esas «piezas sueltas» de una máquina burocrática difusa. Existe, sin embargo, una explicación que tiene que ver con la nueva relación que se establece entre el trabajo y la militancia política. En los años setenta, a nadie se le hubiera ocurrido ganarse la vida militando, ocurría más bien a la inversa. Militar verdaderamente era poder perder, en el sentido figurado y en ocasiones también real, la propia vida. Si el llamado artivismo pudo vincular arte y política de un modo completamente práctico, fue porque se había producido una mutación en el marco económico, social y político. La militancia ofrecía, a veces, una posible salida profesional. Por supuesto no hay que generalizar, lo que sería totalmente injusto ya que además la cuestión es compleja. Es cierto, sin embargo, que especialmente en el momento de la antiglobalización las instituciones (museos, centros culturales, etc.) se interesan por las

---

15. Ver la revista *Espai en Blanc* nº 12-13 (2013): «Un esforç més/Un esfuerzo más».

expresiones políticas que provienen de la calle. En algunos casos el apoyo es indudablemente desinteresado, en otros por el contrario, la cultura funciona directamente como recurso del Estado. En la sociedad de la movilización permanente, la burocratización adopta una forma propia que consiste en *capitalizar* la propia vida de militante.<sup>16</sup> Es curioso como el término «capitalizar», de aplicarse a los partidos políticos que trataban de apropiarse las luchas obreras que no dirigían, pasó a designar una práctica individual. Si vivir es gestionar la propia vida no es de extrañar, pues, que el mismo concepto de militancia tenga que ser pensado de nuevo ya que ahora se cruza tanto con las instituciones estatales como con la economía social cooperativa.

### El 15M en tanto que *impasse*

El movimiento de los indignados —tomo el nombre periodístico aunque siempre me ha parecido insuficiente— no surgió súbitamente como ya he intentado mostrar. Sí que es cierto, sin embargo, que fue seguramente el acontecimiento de resistencia colectiva más importante del postfranquismo. Por lo que supuso en sí mismo, es decir, la aparición pública de estas nuevas formas de politización de las que hablaba, pero sobre todo, por el espacio de experimentación que a partir de él se abrió. Con sus conocidas frases «No nos representan», «No somos mercancías en manos de políticos y banqueros» la fuerza del anonimato irrumpió atacando especialmente el subsistema político y su código de funcionamiento (gobierno/oposición). La inteligencia colectiva sabía que éste era el eslabón más débil, aunque sabía también que la ofensiva tenía que inaugurar necesariamente otra temporalidad. «Vamos lentos, porque vamos lejos». Otra temporalidad significaba, obligatoriamente, dejar de hablar el lenguaje de la política clásica. Si el movimiento del 15M supuso una toma de la palabra fue en la medida que estaba constituido por una nube de politizaciones diferentes. Politizaciones existenciales y anónimas que no podían ser reconducidas mediante el código de la representación.

---

16. Capitalizar «la vida militante» implica algo muy distinto de capitalizar el «tiempo pasado» de militante. Durante el postfranquismo esta segunda acepción fue bastante usual.

Ahora bien, las anomalías que sustentaban este *otro* lenguaje adherido a la vida —recordemos la frase de la pancarta de la última gran manifestación de Barcelona «nuestras vidas o sus beneficios»— y que fueron capaces de autoorganizar un espacio-tiempo común, tuvieron miedo de su propia fuerza colectiva. Dicho en otras palabras. En la propia potencia del movimiento residía su debilidad. El grito de las anomalías que escaparon a su rol, y que por esa razón se constituían en anomalías, se volvió contra ellas. Cuando el vacío no se atraviesa, atraganta. Atraganta y ahoga. El «Basta ya, queremos vivir» se convirtió en una larga lista de temas interesantes que los correspondientes expertos explicaban pormenorizadamente. La plaza tomada se hundió en su autoreferencialidad porque el asambleísmo puede llegar a ser un mito paralizante. También surgieron nuevos mitos como la red y la tecnopolítica que contribuyeron a alejarnos de lo esencial, del porqué estábamos allí. En pie, desafiando el sentido común. Sabemos que la burocratización llega cuando la división técnica del trabajo se convierte en división social. Entonces los dirigentes mandan sobre los dirigidos. Sucedió de un modo nuevo. Las nuevas formas de burocratización, como en la sociedad capitalista, se construyen sobre la libertad. Dirigente es aquel que dispone de tiempo, y aprovecha en su propio beneficio esta disponibilidad. A partir de este momento, la experimentación se confunde con una llamada a la participación. Hay que exorcizar el conflicto interno en lugar de hacerle frente, lo que no implica que existan conflictos muy estúpidos. Por lo demás, la pedagogía nunca sustituirá a la política, y los pequeños grupos de discusión nunca eliminarán la necesidad de decidir. La crítica de la realidad, que nos oprime y explota, no habla el lenguaje mixtificado de la economía. La economía es el gran engaño a destruir para poder pensar. Desgraciadamente, la teoría revolucionaria no es un conjunto de conocimientos diversos, ni mucho menos, se reduce a pura información. En resumen, el impasse del 15M se inició cuando la plaza se transformó en un espejo de la sociedad, pero ya no en un espejo deformado sino en una copia en miniatura. De

---

17. Hay efectivamente dos tipos de politización. Desde el Estado y desde la existencia, pero la politización «desde la existencia» tiene también lo político en ella con todo lo que comporta. A. Fernández-Savater: *Reabrir la cuestión revolucionaria (lectura del comité invisible)*. Publicado en [http://www.eldiario.es/opinion/comite\\_invisible-revolucion\\_EDIFIL20150123\\_0001.pdf](http://www.eldiario.es/opinion/comite_invisible-revolucion_EDIFIL20150123_0001.pdf).

aquí que oponer plaza a campamento<sup>17</sup> no resuelva la cuestión de por qué las anomalías se enamoran de sí mismas, y sobre todo, sigue aún planteada la pregunta de por qué tantas y tantas anomalías regresaron a su casa cuando oyeron la llamada del Orden.

## El retorno de la política

El abandono de la plazas no fue una derrota puesto que la resistencia colectiva bajo las formas más diversas (mareas, autoorganización, apoyo mutuo, denuncias, etc.) se trasladó allí donde el ataque era más virulento. La aprobación de una nueva una ley de seguridad que prohíbe las prácticas de autodefensa desplegadas hasta ahora ¿de qué es indicador? No, no fue una derrota, aunque sí ciertamente la entrada en un impasse. La experimentación política iniciada solo tenía una opción: *atravesar el impasse*, es decir, proseguir la crítica del concepto de movimiento social, replantearse la relación con las instituciones, abordar los límites del gesto radical, dotarse de medios adecuados para organizar un espacio de politización. Los científicos saben desde hace tiempo que la naturaleza tiene horror al vacío, y que lo llena enseguida. Lo mismo sucede con la política. El 15M no fue vencido puesto que su grito ahogado no ha dejado en ningún momento de oírse, sin embargo la travesía del impasse se interrumpió, y el vacío abierto fue llenado. El retorno de la política, las nuevas plataformas electorales y el nacionalismo por muy distintos que parezcan, fueron los encargados de ello. El retorno de la política, más exactamente, la nueva política que es vieja, señaló una puerta de salida. Pero no se sale nunca de un impasse. Toda salida siempre será un relato, y un relato es un cuento para tranquilizar a los que les da miedo la noche.

Las diferentes plataformas electorales (Podemos, Guanyem...) son un relato que se reclama de la victoria y debe conducir a la victoria. *¿Cómo hacer cosas con palabras?* se preguntaba el filósofo John. L. Austin cuando introdujo el concepto de performatividad. Pues bien, con estos verbos que en su solo decirse introducirían la posibilidad en lo real, se autopresenta la *nueva* política. Evidentemente, la performatividad se deshincharía si no se apoyara en un discurso. El discurso puesto en marcha aunará excepcionalismo y moralidad, El tiempo que nos dábamos se pliega en la «oportunidad histórica»

que tenemos ante nosotros. Y el moralismo siempre ha sido muy adecuado para condenar a una «casta corrupta» sin entrar en muchos detalles, o sea, sin tener que abordar la crítica del sistema capitalista que hay detrás, y su inherente corrupción. La «nueva política» apela al sentido común y quiere ser su más perfecta expresión. No se dirige a las anomalías que salieron de su casa para tomar las plazas, sino a la gente normal que sentada en su casa mira los tertulianos pelearse entre sí. De aquí el empleo de un léxico voluntariamente apolítico inspirado en el management y la publicidad. La política se reduce a marketing ya que solo así se puede ganar en un espacio político sinónimo de mercado. Ganar consiste, sencillamente, en conquistar cuotas de mercado, en vender bien la marca y ¿quién mejor puede hacerlo que un líder mediático? También hay que saber utilizar oportunamente las emociones. Porque, como bien saben los publicistas, el objetivo en el fondo no es otro que fabricar la figura del cliente. Un votante cliente manipulado mediante un discurso que actúa sobre sus deseos, sus creencias, y su imaginario, aunque aparentemente respete su autonomía individual. Ciertamente esta concepción de la acción política no es ninguna novedad, lo que sí es nuevo es su desenfadado despliegue. El marketing político se encuentra ahora con C. Schmitt. Eso es lo que desorienta a los partidos tradicionales, y denuncian como populismo. El pensador alemán comprendió muy bien la esencia del poder constituyente que emana del pueblo aunque lo interpretó de manera totalmente reaccionaria:

El pueblo, como titular del poder constituyente no es una instancia firme, organizada... Su debilidad consiste en que el pueblo ha de decidir sobre las cuestiones fundamentales de su forma política y su organización sin estar formado u organizado él mismo.<sup>18</sup>

El poder constituyente tiene que reducirse, por tanto, a mera participación, basta que el pueblo diga «Sí o No» en los momentos trascendentales. La asamblea solamente sirve para aclamar. El poder constituyente ha sido sacado de las plazas. Ahora es el soberano el que decide. Decide, incluso, cuál es *su* pueblo en tanto que unidad política.

---

18. Schmitt, C.: *Teoría de la constitución*, Madrid, 1992, p. 100.



El pueblo, nos dicen los politólogos convertidos en soberanos, es *la gente*. La gente normal y decente.

El retorno de la política implica su expropiación. Las llamadas a la participación y a movilización sustituyen a los intentos de autoorganización. El movimiento del 15M se despolitiza desde la política misma. «Aunque venimos del 15M no somos el 15M, somos sus herederos, la politización de sus argumentos».<sup>19</sup> Es falso, se trata de una perversión del 15M. Una perversión que no es subversiva sino todo lo contrario. Las anomalías que, yendo más allá de su identidad, interrumpían la cotidianidad eran capaces de pervertir la normalidad, y afirmar nuevas normas de vida. No es el caso. La nueva política, y su revolución democrática, teme la intemperie y proscribire lo imprevisto. Sin embargo, una perversión aunque sea reaccionaria, contiene en ella una parte de verdad. Esta es la condición que deben cumplir las plataformas electorales para poder jugar su papel estabilizador del sistema. Solo así pueden funcionar como un auténtico atractor de todo aquello que escapa y niega la realidad. Visibilizar y aislar. Volver a legitimar lo que estaba podrido y se hundía. Ilusionar, esta es la tarea que deben cumplir.

Sé que Podemos no agota todos los *otros* intentos de hacer política. Una política más apegada a las necesidades concretas, y que mediante candidaturas municipalistas quiere llevar la voz de los ciudadanos a las instituciones. Estas prácticas políticas rehuirían la espectacularidad del líder, y defenderían la transparencia y la participación. Ante estos intentos surge enseguida una duda que, ejemplos similares desplegados en otros países, no disipa. Si la figura del *ciudadano* es la pieza esencial de una democracia convertida en forma Estado, es decir, si el ciudadano es una mera excusa para la política, entonces ni la transparencia ni la participación por amplias que sean, van a conseguir alterar una posición que es la de súbdito. Jugar el juego democrático puede permitir algunas reformas, quizás necesarias e importantes. Incluso puede servir para mostrar lo que no debe ser mostrado, pero difícilmente el juego mismo queda puesto en duda. Al contrario, se viste al ciudadano con un traje nuevo que oculta, como en el cuento de Andersen, que va desnudo. Que es «nuda vita» a partir de la cual se construye un discurso

---

19. Publicado por EUROPA PRESS, Murcia, 14/12/2014.

que pretende salvarlo. La transparencia y la participación no son, en sí mismas, ninguna forma de contrapoder.

## El mal menor

Imaginemos que todo lo anterior es falso, y que no hay mala voluntad en la reivindicación de una política «seria» frente a la antigua política «infantil». Imaginemos que la única manera de ganar es hacer *eso*, y que vencer es urgente para detener la miseria, la injusticia, y la destrucción que el desbocamiento del capital acarrea. Entonces, ante una experimentación política y social ineficaz y aparentemente bloqueada, las nuevas plataformas electorales aparecen como un mal menor, y la necesidad asociada al propio mal menor, acaba convirtiéndose en su mayor justificación. A su vez, el Estado de los partidos las ataca sin cesar, y en su nerviosismo afirma cínicamente lo que más puede dañar su autenticidad: «Pregonan que son diferentes pero son tan corruptos como todos nosotros». Y desvelan nuevos casos... y confunden un Bárcenas con un Monedero, ya que todos si pudiéramos estafaríamos a Hacienda. La defensa del Estado de los partidos persigue, en última instancia, involucrarnos completamente. Efectivamente, los políticos son todos iguales porque, justamente, no son diferentes de los hombres y mujeres que componen la sociedad. ¿Si el poder establecido ataca tan ferozmente a estas nuevas plataformas electorales será porque defienden, de alguna manera, un proceso de ruptura? Los entrevistados que participaban en la manifestación de Madrid organizada por Podemos, y que tenía como lema «Marcha por el cambio» decían todos lo mismo: necesitamos un cambio, queremos un cambio...

En las elecciones del año 1982, el PSOE ganó afirmando que con ellos llegaba por fin «el cambio». En la revista *Indolencia* escribí entonces:

Para los trabajadores, el voto socialista ha sido un voto cínico y casi diríamos, divertidamente irónico: *Hoy te voto pero mañana me desentiendo*. No se trata de un voto militante, ni tan siquiera entusiasta, sino pragmático y absolutamente desengañado... La clase obrera ha «decidido» utilizar las urnas para hacer Política, e intentará utilizar al PSOE para hacer *su* política: para subsistir frente a un capital que ataca imparablemente, para mantener los

espacios de libertad conseguidos al menos hasta ahora. En definitiva, para mantener lo que todavía no ha perdido, apuesta por el posibilismo.<sup>20</sup>

¿Qué pasa si sustituimos el PSOE por Podemos? La respuesta es que, a pesar de las transformaciones acaecidas en estos años, la explicación conserva su validez. La *actualidad del comunismo*, es decir, romper con el capitalismo e inventar una nueva forma de vida que no se rija por el tiempo de trabajo, es más urgente y necesario que nunca. Está al alcance de la mano, y no obstante, está más lejos que nunca. La actualidad del comunismo es la idea más inquietante, y también más subversiva que podemos llegar a pensar. En el fondo, no es más que nuestro modo de medirnos con la muerte de Dios. Pero porque nos da miedo lo que significa, seguimos creyendo en «el cambio». De un modo más preciso: seguimos creyendo que una victoria electoral puede llegar a producir un cambio radical. ¿Cuántas veces tendremos que decepcionarnos para abandonar esta creencia absurda?

Soñar con «el cambio» es apostar por el mal menor.

La ley del mal menor gobierna hoy casi todos los ámbitos de la vida: el mercado, obviamente, los seguros, la medicina, los estudios... La política, también... ¿Quién sabría encontrar la manera de interrumpir el cálculo?<sup>21</sup>

Hace algunos años en un libro colectivo escribimos una especie de principios para una política nocturna. Uno de ellos decía: «El sentido común de dos males escoge el menos malo. Nosotros nos negamos a escoger».<sup>22</sup> Si somos consecuentes con este principio, si verdaderamente queremos interrumpir el cálculo, tenemos que inventar un tipo de militancia distinta. Artaud, en su discusión con los surrealistas, lo dice así: «No necesitamos tanto unos adeptos activos como unos adeptos *bouleversés*».<sup>23</sup> Es difícil traducir esta palabra. Quizás pueda

---

20. «Tras el cambio: la vida color de rosa». *Indolencia*, Barcelona, 1983

21. Garcés, M.: «El mal menor», *Diari Ara*, 1-2-2015. [http://www.ara.cat/suplements/diumenge/mal-menor\\_0\\_1295870402.html](http://www.ara.cat/suplements/diumenge/mal-menor_0_1295870402.html).

22. Mar Traftul: *Por una política nocturna*, Madrid, 2002, p. 24.

23. Artaud, A.: *Oeuvres Complètes*, París, tomo I\*\*, p. 40.

servir: conmocionados, afectados por la vida, en rebelión permanente y no simplemente rebeldes. Indudablemente, este término pone en crisis la figura del militante tradicional porque problematiza la idea de ganar. La guerra social no se gana, nosotros no ganaremos nunca. En la victoria está ya contenida la derrota. De la misma manera que todo horizonte conlleva siempre miedo y esperanza, que son las dos formas de sujetarnos para evitar ser afectados por la vida. Lo que no significa en absoluto regodearse en el fracaso. El fracaso nunca es hermoso, ni por supuesto, lo deseamos. En la actualidad, la revolución no puede encerrarse en un acontecimiento único y decisivo. ¿Dónde está el Palacio de Invierno a conquistar?

Con el retorno de la política, el libro *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña 1967-1974* vuelve a ser desgraciadamente útil. Por razones obvias. La crítica a la figura del líder,<sup>24</sup> y el surgimiento de un núcleo dirigente que impone métodos de funcionamiento burocráticos para asentarse, el uso de una política espectacularizada que emplea el bluff como arma, el secretismo conseguido mediante la supuesta transparencia, el empleo de la asamblea simplemente como palanca para refrendar lo ya decidido, un activismo frenético pero superficial... Todas estas constataciones tendrían que actualizarse tomando en cuenta el nuevo papel de la mujer en la política, el uso de la red... Ahora bien, lo esencial del libro permanece completamente vigente. Los fines siempre vienen prefigurados en los medios que se emplean. Y no es una cuestión moral. Es lo que la historia nos ha enseñado. Un partido dirigente que concentra todo el poder en una cúpula y en un secretario general ¿qué tipo de nueva sociedad puede realmente defender? En nuestro libro oponíamos ser «un revolucionario» a ser «un técnico de la toma del poder». El retorno de la política, que ha venido de la mano de las nuevas plataformas electorales, desea ocultar la frase «Cambiar el mundo sin tomar el poder»<sup>25</sup> que tan

---

24. José Antonio Díaz en un artículo cuyo título era «*La larga marcha del movimiento obrero español hacia su autonomía*» afirmaba algo que sigue siendo totalmente válido aunque a otra escala: «El liderismo es un peligro real que acecha especialmente a estos grupos, puesto que hunde sus raíces en lo más profundo de la psicología humana. Ante la ausencia de una dirección centralizada, fuerte y securizadora, se busca amparo en torno al individuo más capaz... Pero la oposición al dirigismo monopolista de partido existe como otra opción posible».

25. Holloway, J.: *Cambiar el mundo sin tomar el poder*, Barcelona, 2003.

bien recogía la tradición zapatista. No sé, si algún día, esta voluntad de cambio podrá plasmarse más allá de experiencias localizadas. Es completamente seguro, sin embargo, que estos nuevos partidos políticos nunca serán capaces de tomar el poder. Quizás, y con mucha suerte, accedan al gobierno.

Imaginemos que Podemos, Guanyem... o la próxima plataforma que aparezca, «gana». Su veracidad no la obtendrán repitiendo mil veces frases conocidas y gastadas como: «No os fallaremos», o «Somos distintos». Por el contrario, si admitieran que nunca nos representarán, empezarían a ser un poco creíbles. Pero lo serían verdaderamente, si el día de su victoria y habiendo formado ya gobierno, se atrevieran a afirmar públicamente: «No hay nada que hacer». O lo que es igual, que solos no podemos con esta máquina infernal que ni sabemos donde empieza ni donde acaba. Podríamos creer en ellos únicamente si después de esta confesión de impotencia, nos interpelaran con estas palabras: ¿Estáis dispuestos a que impulsemos juntos un *cambio de verdad*? Un cambio que suponga consumir menos, apelar a la ayuda mutua para hacer frente a los ataques del capital, impulsar la lucha real contra las desigualdades aunque esto significa pagar un precio personal. Entonces se vería si nosotros estamos a la altura de esta llamada, si verdaderamente estamos dispuestos a impulsar un *cambio de verdad* en el que quizás nos vaya la vida en ello.

# MATERIALES ACERCA DE LA NUEVA POLÍTICA

## La *nueva política* y sus límites

Es innegable que hoy día, aquí y ahora, nos encontramos ante una *saturación política* de la realidad. ¿Quién podía pensar, hace unos años, que algunos de los programas de máxima audiencia serían entrevistas con políticos o tertulias sobre política? ¿Quién podía esperar que compañeros y compañeras apostarían por plataformas electorales que prometen una *nueva política*?

Y, a la vez, esta realidad *saturada de y por la política* se nos aparece también bajo la imagen de un alud de noticias, de una sucesión imparable de acontecimientos. Todo arde de prisa e invariablemente. Pero este fuego que parece no perdonar nada, no ilumina la noche. Muy al contrario, se trata de un fuego mediático e irreal que nos hunde en una especie de «*déjà vu*», en una situación esperada. ¿Ya conocida?

Que la función actual de la política consiste en despolitizar, resulta bastante evidente. Si la cárcel, en tanto que ejemplo de institución disciplinaria, sirve para producir y gestionar la delincuencia, ¿sería muy equivocado afirmar que la política persigue, por su parte, *despolitizar y producir impotencia*? En otras palabras, la función despolitizadora de la política consiste sobre todo en esconder mediante ilusiones y las pequeñas esperanzas propias del mal menor, que nos hallamos ante *un impasse*. La acción política auténticamente transformadora está bloqueada porque: «lo que es políticamente factible no cambiará nada, y las acciones que podrían promover cambios realmente significativos son políticamente impensables.» El impasse que la política nos oculta es, sencillamente, que no sabemos cómo salir del capitalismo.

El movimiento del 15M fue capaz de medirse con este impasse, aunque asustado por su propia fuerza, y cada vez más sujeto a esa entelequia que es la opinión pública, permaneció prisionero de sí mismo. No supimos abrir cauces para que la rabia digna se desplegara por la ciudad. Pues bien, la nueva política aparece para ofrecerse como solución, y lo hace paradójicamente, defendiendo la autonomía de lo político (y el concepto de representación a ella asociado), justamente uno de los objetivos fundamentales de la crítica realizada desde las plazas. En vez de profundizar la politización existencial que se iniciaba, lo que propone es traducir políticamente el desafío planteado, y eso de dos maneras distintas. La primera, mediante la interpelación. Se trata de la construcción populista de un nosotros, de una mayoría social hegemónica a partir de un grupo subalterno definido como opuesto a una casta. La segunda, construye el nosotros mediante la interpenetración entre los movimientos sociales y la izquierda tradicional. Podemos y Bcn Encomú. Lo que ocurre es que esta *nueva política* no ha cortado con la antigua política moderna, puesto que permanece atada a sus categorías tradicionales, y sobre todo, sigue creyendo en que basta apoderarse del código gobierno/oposición que rige el subsistema político para producir *otro* sentido. Pero dar *otro* sentido a la realidad, no es cambiarla.

En el interior del vientre de la bestia, en esta realidad plenamente capitalista en la que habitamos, el juego electoral reproduce incansablemente el mito de Sísifo. «¡Esta vez sí... ganamos!». La nueva política actúa como si se pudiera hacer otra política, una política esencialmente diferente. Es falso. Es falso por una razón fundamental: hace mucho que la política ha perdido toda centralidad, y por tanto, toda capacidad de amenazar la realidad. La política se mutó en política de Estado y el bipartidismo (PP/PSOE) le fue muy útil. Ahora, con la globalización, la política de Estado se convierte en gubernamentalidad neoliberal, es decir, en una gestión empresarial, auténtica simbiosis entre racionalidad tecno-científica y mercado que escapa a la soberanía del Estado. La autonomía de lo político se ha esfumado. Ciertamente el neoliberalismo son los recortes, las privatizaciones, la expropiación de lo común... pero, por desgracia, es mucho más. La nueva política, porque no desea apartarse del sentido común, no quiere aceptar que somos nosotros mismos los que aguantamos este mundo y esta vida. Evidentemente, la casta es el problema. Sería, sin embargo, más exacto afirmar que el problema somos nosotros. Las piezas que hacemos funcionar esta

máquina de destrucción masiva (y de seducción también masiva). La nueva política se autoengaña, y también nos engaña.

Cada vez que se pone el rostro de un candidat@ en una papeleta de voto, cada vez que se construye la unidad política como unión de partidos políticos... cada vez que se evita hablar de capitalismo para hablar solamente de corrupción, de transparencia o de participación... nos alejamos de un auténtico cambio social. Cada vez que se nombran los Derechos y se olvida mencionar el (contra)poder necesario para conseguirlos, se escamotean las dificultades existentes. Quizás es imprescindible para ganar en la carrera electoral. Pero ¿qué significa ganar cuando lo que verdaderamente queremos es transformar radicalmente este mundo que nos ahoga?

### **La *nueva* política entra en la pecera**

Decidieron asaltar las instituciones porque estábamos ante una oportunidad histórica. Decidieron poner en marcha una *nueva* política, y de pronto, se encontraron dentro de una pecera. Pero la pecera no era el acuario que algunos dentistas ponen en su consulta para transmitir calma y sosiego. En la pecera, ni siquiera se respetaban las reglas que los mismos tiburones habían impuesto. B. Brecht ya nos había avisado: «Si los tiburones fueran hombres... los teatros del fondo del mar mostrarían a heroicos pececillos entrando entusiasmados en las fauces de los tiburones». Primero fue el caso Monedero, le siguió el caso Zapata... En Barcelona, el acoso y derribo empezará cuando a la Generalitat le interese.

En los años setenta, cuando la clase trabajadora era un sujeto político capaz de autoorganizarse y construir su propia autonomía, el capital recurrió a la llamada estrategia de la tensión. Mediante atentados sangrientos perpetrados por tramas fascistas nacidas en las cloacas del Estado, se introducían dinámicas que paralizaban las formas de resistencia al poder. El caso Escala, por ejemplo, fue un caso de terrorismo de Estado que sirvió muy bien para impedir que la CNT se consolidara. Hoy, en cambio, la desestabilización política se lleva a cabo mediante los medios de comunicación y las redes sociales. Las campañas mediáticas, creando una constante sensación de excepcionalidad, hunden en poco tiempo las personas y los proyectos políticos que defienden la necesidad de un cambio.



Pero ¿de qué tipo de *cambio* se trata? En las elecciones de 1982 la consigna «Por el cambio» pregonada por el PSOE ilusionó a mucha gente. En la revista *Indolencia*, ligada a la autonomía obrera, escribimos: «Ni cambio, ni recambio. La victoria socialista servirá sólo para modernizar el Estado y proseguir la reestructuración capitalista en marcha». Así fue. Y muy pronto la pregunta ¿cuándo los amigos se convertirán en nuestros enemigos? se convirtió en una pregunta retórica ya que bastaba mirar como la cara de Felipe González se iba hinchando. Muchos compañeros y compañeras afirman que ahora es distinto, y que esa mirada izquierdista es injusta y errónea. Quizás es cierto. Conocemos a much@s de los protagonistas desde hace tiempo, sabemos de su honestidad... pero el espacio político, incluso para un reformismo radical que simplemente quiere legislar, aplicar leyes, y defender derechos elementales, es sumamente estrecho. Basta ver los ataques diarios contra l@s nuev@s que han entrado en las instituciones.

Frente a esta estrategia de desgaste, la lucha ideológica parece volver a un primer plano. De ahí la presencia constante de los nuevos líderes en foros, tertulias, y evidentemente, la necesidad de simplificar al máximo el discurso. Pero, en verdad, se trata de una batalla ideológica *en el interior* de la ideología, puesto que para la *nueva* política, el único objetivo que realmente cuenta es ganarse la opinión pública, es decir, ocupar la «centralidad del tablero» como condición imprescindible para impulsar el cambio. Este esfuerzo es sumamente problemático. En primer lugar, porque propiamente no hay un centro político sino un votante tan volátil y oportunista como el mismo mensaje que, en última instancia, se le quiere transmitir. En segundo lugar, porque la ideología y la política ya no son lo que eran. La ideología se ha materializado en la realidad de las formas de vida: autopistas, centros de ocio y de consumo etc. La política, a su vez, se ha convertido en gubernamentalidad neoliberal, mera gestión empresarial del mundo. Por lo que el reformismo radical, a pesar de sus mejores intenciones, parece estar condenado a encadenar gestos simbólicos, y l@s amigos no se convertirán en nuestros enemigos sencillamente porque su acceso al gobierno tiene que cumplir una función diferente a la que se encomendó al PSOE.

El partido socialista tenía que hacer el trabajo sucio que la derecha franquista nunca hubiera podido llevar a cabo sin incontables resistencias. Gestionar la crisis para destruir las formas de contrapoder aún

existentes, despolitizar la sociedad y, sobre todo, legitimar el nuevo Estado de los partidos. En definitiva, tenían que allanar el camino al desbocamiento neoliberal. En cambio, si l@s nuestr@s pueden hoy acceder a las instituciones gubernamentales es para cumplir otra función. La función que de ellos se espera es directamente fracasar. *Fracasar* como consecuencia de sus propios errores y de los ataques furibundos a los que son sometidos. Su destino no es tanto la traición como colaborar ( a su pesar, claro) en su propia ruina. En la actualidad, los golpes de Estado han sido sustituidos por una estrategia de desgaste permanente. Una estrategia de desestabilización que debe producir, impotencia, desorientación, y confusión. El éxito del poder consiste simplemente en mostrar que no hay alternativa dentro de la pecera, y que nuestr@s amig@s son como todos los demás, futuros miembros de la casta. *Esto es lo que hay* es la consigna que debe triunfar. En la movilización global, en el teatro de la vida, en la que estamos insertos cada uno desempeña el papel que le han asignado. Levantar esperanzas y arruinarlas, es la tarea que l@s nuestr@s deben realizar, y para la que han sido llamados. Finalmente, la vida cotidiana retornará a su normalidad. Los funcionarios del capital, los de siempre, acudirán prestos a reparar el desaguisado. No hay alternativa dentro de la pecera. Es cierto. Pero podemos intentar salir fuera, aprender a respirar bocanadas de aire hasta que nuestros pulmones se acostumbren. Salir fuera de la pecera no es, claro está, una alternativa. Es una necesidad. La necesidad inscrita en el No y con la que todo empieza de nuevo.

La *nueva* política nunca romperá la pecera si se refugia en llamadas a la participación, en consultas por internet o persiguiendo la imagen de una persona respetable y sensata que se contempla en el espejo de la opinión pública. Por lo contrario, si la *nueva* política lleva realmente al límite la acción de gobierno - sin engañar, sin dobles lenguajes, con la valentía de saber que no hay camino de retorno - empezará a construirse como *una posición* en el campo de guerra. Entonces, llegada la hora de la verdad, los que no votamos, los que votamos tapándonos la nariz porque en las listas había algunos impresentables de la vieja izquierda, sabremos estar allí. Empecé citando a B. Brecht, me gustaría terminar también con una frase suya que nos puede ser muy útil en estos momentos: «Hace falta valor para decir que los buenos no fueron vencidos porque eran buenos, sino porque eran débiles».

## En la sala de espera o sobre la rabiosa actualidad

No sé qué esperamos puesto que aquí dentro nunca pasa nada. Admito, sin embargo, que la sala de espera es mucho más cómoda que la siniestra caverna platónica. No estamos sujetos con cadenas, y las luces de neón siempre encendidas, iluminan un espacio acogedor. Brillan las paredes de color blanco que nos protegen de lo inesperado. Además, el menú que podemos comprar es mucho más variado. Ahora ya no hay quejas a causa de su mala calidad. Si te lo puedes pagar, se te ofrece un mundo de oportunidades.

La servidumbre voluntaria se asienta en la producción de individuos consumidores y narcisistas, pero a la vez volátiles e inconstantes. Clientes de sí mismos. Es el triunfo de la autonomía del yo, del «libre» autocontrol.

El hilo musical que me acompaña continuamente, día y noche, me recuerda que soy libre de hacer con mi vida lo que quiera. Que mi vida está en mis manos. Si fracaso, soy yo el culpable. Si tengo éxito, yo solo soy el ganador. Cuando oigo esta proclama de libertad entiendo perfectamente porque no deseo salir fuera de la sala de espera. En la intemperie no sé qué me aguarda. Aquí, en cambio, todo está previsto. Han llenado el vacío con tantas mercancías que éste ha desaparecido. Riego con miel las cucharadas de soledad que me trago.

La normalidad no es un estado de cosas. Es el efecto de un verbo (retornar, volver...). La vida cotidiana retorna a su normalidad. ¿Su? La normalidad así tejida se configura como un espacio de posibles. La opción que pondría en duda el propio espacio de posibles está prohibida.

Durante los periodos electorales el hilo musical aumenta de volumen, y entonces nos damos cuenta de que se trata de una extraña música hecha de palabras: «Cambio», «Regeneración», «Democracia»... Son palabras conocidas y ya un poco nuestras. Por eso su repetición nos tranquiliza. Como el niño pequeño encerrado en el interior de un habitación oscura que al canturrear consigue alejar su miedo. Quizás son cuentos para que podamos conciliar el sueño. ¡Qué más da! Tengo la

necesidad de creer en lo que me dicen. Tengo esperanza en ellos. Además me costaría mucho abandonar esta sala. A veces oigo voces de auxilio que vienen de fuera, golpes contra la puerta. Prefiero no mirar.

Sería un error creer que el electoralismo es sinónimo de puro espectáculo. Los periodos electorales sirven para definir el sentido común, es decir, para (re)establecer los límites de lo que puede ser pensado, experimentado, y vivido. El sistema político impone el código gobierno/oposición. Lo que se sale de él, simplemente no existe: es ruido criminalizable.

Hoy han programado un combate de boxeo entre dos púgiles con mucho futuro. El Coletas (68 kg.) y el Fachilla (80 kg). Seguro que me lo pasaré muy bien. Mañana han prometido un documental que lleva por título «Viatge a Itaca. Cap a un nou país» (Viaje a Itaca. Hacia un nuevo país). Sinceramente no tengo tiempo para preguntarme qué hago metido durante tanto tiempo en esta sala de espera. ¡Hay tantas actividades preparadas para nosotros! La semana que viene incluso nos dejarán cambiar de nombre varias calles, y también podremos sacar la estatua del Jefe de Estado.

El poder ya no necesita transformar la fuerza en derecho y la obediencia en deber, le basta con entretenernos. Este es el formato natural y único de toda experiencia. El entretenimiento expulsa el conflicto y oculta el campo de guerra que subsiste bajo el espacio de posibles.

Las palabras de cambio y esperanza, animan. Si hay vida, hay esperanza. Lo democrático es una tertulia compuesta por tertulianos. Es cierto que esta conversación interminable se introduce lentamente en las grietas de las paredes. Perdón, quiero decir las circunvoluciones del cerebro. «Cada cual tiene su opinión». La esencia de lo democrático es ésta, ¿no? Por eso la votación a mano alzada está prohibida y tiene que ser siempre secreta. El voto secreto, bien escondido de los demás, respeta completamente lo que somos: vidas privadas. Malas lenguas afirman que estas votaciones nunca cambiarán nada porque siempre serán un reflejo del miedo, del miedo que sólo el estar juntos puede deshacer. No lo entiendo ni me importa.

Lo democrático realiza una operación política de distracción. Señala falsos enemigos, decide cuáles son nuestros problemas, impide abordar las cuestiones esenciales. En la conversación democrática no existe la posibilidad de tomar la palabra. Sólo se puede hablar, es decir, opinar indefinidamente.

A veces llegan noticias del subsuelo y sacuden la tranquilidad que reina en la sala de espera. Entonces los mercados tiemblan, se disparan las alarmas, y los chantajes perforan los tímpanos. La verdad es que no sucede muy a menudo porque hay instaladas dobles ventanas. Además, como no quieren que nos acerquemos a ellas, nunca sabemos que pasa exactamente fuera. Un día, recuerdo perfectamente cuando fue, me cansé de esperar. Más exactamente, me pregunté qué esperaba sentado en aquella sala. No osé preguntarme el porqué, tan solo el qué. Lo reconozco. Y, sin embargo, fue entonces cuando me acordé que hace muchos años, yo no estaba en una sala de espera sino en un vagón del metro. Un vagón del metro que convertimos en un fiesta, cuando entramos en él con los carros llenos de comida de un supermercado que previamente habíamos asaltado. Un vagón de metro que, seguramente, no llevaba a ningún lugar, pero en el que bailaba el ritmo de la vida. Éramos fuertes y valientes. No debíamos favores a nadie. Recobrada mi independencia pude, por unos instantes, asomarme y advertir que en el campo de guerra habían conseguido alzar una posición; también oí el eco de un grito de rabia digna; en Palestina, el arma de los oprimidos es un cuchillo; nuestra violencia es existir.

Grecia en referendun dijo No aunque, finalmente, la UE impuso el Sí. ¿Cuánto cinismo cabe en una organización para aún seguir llamándose «Podemos»? Alianzas, confluencias, siglas... ¿de qué fuerzas verdaderamente reales, hablamos? ¿De qué contrapoder son portadoras? En el Parlament, después de proclamar la República catalana, el primer acto de los protagonistas fue hacerse una selfie.

En la sala de espera huele a muerto. Antigu@s amic@s quieren limpiar las cloacas, y han decidido colaborar con los guardianes. Ahora son los nuestros los que nos llaman a participar. Olvidad los actos heroicos porque la política se hace en el día a día. Además, recordad

que siempre fuimos pocos y muy infantiles. En algunos momentos, nos creímos el ombligo de la ciudad. Fuimos unos ilusos. Siempre es mejor hacer algo que no hacer nada. Hay que ser responsables. Tenemos que simplificar el lenguaje para poder llegar a la gente. Para solucionar los problemas de la gente. Una pregunta por favor: ¿quién es la gente? Asaltaremos las instituciones para que entre aire fresco. ¡Cuidado eso es intocable! ¡Cuidado los contratos han sido ya firmados, y rescindirlos es imposible! ¿Dónde está lo posible que esperábamos encontrar? La policía es un poder fáctico. El puerto, por donde entra la droga para media Europa, ni mirarlo. Nuestra meta es simple: de cambiar la ciudad para cambiar la vida tenemos que pasar a cambiar la imagen de la ciudad para cambiar la idea que la gente se hace de su vida. Será un pequeño paso. Es una trampa. Todo gran viaje empieza con un pequeño paso inicial. Defender el desarrollo económico es progresista ya que impulsa el desarrollo económico. ¿Por qué ocultáis que, en la actualidad, la vida y el capitalismo son incompatibles? Todo posibilismo para ganar tiene que engañar, y entonces, necesariamente pierde puesto que deja de ser veraz. Al final, sólo os quedará gestionar la decepción. El tiempo no puede aquietar la espera porque ya no queda tiempo.

Hay una pregunta que jamás puede ser planteada en la sala de espera porque continuamente es ridiculizada. Esta pregunta, sin embargo, es la única pregunta hoy verdaderamente importante: ¿cómo salimos del capitalismo?\*

\* Artículos publicados por *Diagonal* y *La Directa*, 2015.